

Kristeller, Paul Oskar:
Greek Philosophers of the Hellenistic Age,
New York, Columbia University Press,
1993, 191 págs.

Los historiadores de la filosofía que se dedican sea a la Helenística sea al Renacimiento, épocas denominadas transicionales, sienten una fuerte atracción también por la otra, es como si fuertes corrientes subterráneas las uniesen.

Kristeller es un ejemplo de esta conducta. Él es una autoridad en los estudios sobre el Renacimiento, tal como E. Garin y H. Baron, sus trabajos son de referencia obligada, tales como *Renaissance Thought, Eight Philosophers of The Italian Renaissance, Renaissance Thought and its Sources, Renaissance Thought and the Arts; Collected Essays*, y muchos otros (algunos de estos títulos han sido traducidos al castellano). Pero confiesa que siempre ha estado interesado por la filosofía Helenística, aunque hasta ahora no había publicado nada sobre ese tema. Se ha decidido romper ese silencio dando a la luz pública los cursos de filosofía helenística que ha venido impartiendo durante años. Le dio forma escrita por primera vez en unas conferencias para la Escuela Normal Superior de Pisa. Aunque Kristeller es hombre de cultura inglesa (es profesor emérito de la Universidad de Columbia) estas conferencias fueron escritas en italiano y, luego, fueron traducidas al inglés por Gregory Woods con la supervisión del autor.

El tema tal como indica su título, se centra en los filósofos griegos de la época helenística. Y cumple rigurosamente con lo prometido. Se dedica exclusivamente a los pensadores de ese período de lengua griega, por lo cual lamentamos la exclusión de Cicerón, el representante más acabado de la última fase del helenismo filosófico, el eclecticismo (ausencia parcialmente subsanada por la inclusión de sus antecesores,

Panecio y Posidonio). Y se dedica exclusivamente a la filosofía que va desde la muerte de Aristóteles hasta que Egipto se convierte en Provincia Romana. Por eso se excluyen todos los representantes de la filosofía religiosa, como Plotino y Proclo, que corresponden a una etapa posterior, que podría ser denominada Alejandrina en referencia a su centro cultural y Romana en referencia a su centro político.

Como es natural cubre las tres grandes escuelas postaristotélicas: Epicúrea, Estoica y Escéptica, y, además, da cuenta de la evolución hacia el eclecticismo con Filón de Larisa y Antioco de Ascalona en la Academia, y Panecio y Posidonio en el Estoicismo.

El autor se disculpa de no atender a las discusiones críticas contemporáneas. Se confiesa ignorante de las últimas novedades exegéticas. Cosa que lamentamos, pues nos hubiese gustado ver su postura frente a las últimas interpretaciones. Prefiere dirigirse directamente a las fuentes, las cuales parafrasea y ordena de manera de construir conjuntos con sentido sistemático. Lo hace de forma continua, apenas interrumpida por interesantes comentarios críticos.

Las reconstrucciones están hechas con maestría, aunque a veces deja una sensación de incompletitud. En la Canónica Epicúrea, por ejemplo, no considera los razonamientos que van de lo visible a lo invisible, tal vez la parte más interesante del empirismo del jardín, pues allí se desarrolla toda una epistemología de la inferencia: probabilística en los razonamientos que van de fenómeno a fenómeno, dogmática en los que van del fenómeno a la substancia. Pero es más grave el caso referido a Lógica Estoica, pues allí sólo se tematiza el criterio absoluto de verdad, la *representación comprehensiva*, y algo del problema del *significado* (*lekton*) cuando expone a Crisipo (pp. 63-5).

Los comentarios son mucho más valiosos. Estos podemos clasificarlos en dos grupos: los histórico-filosóficos y los que expresan su convicción humanista.

Los comentarios enmarcados en la perspectiva de la Historia de la Filosofía son verdaderamente reveladores cuando muestran la resonancia temporal de una doctrina como, por ejemplo, el cuadro evolutivo que hace del concepto de ley natural desde los estoicos hasta Spinoza (cf. pp. 38-40). Allí destaca sobremanera cómo la ley natural y divina que los

estoicos identificaban con la substancia universal o Dios, en San Agustín se divide en la ley divina en forma de idea Neo-Platónica en la mente de Dios y en la ley natural en forma de idea innata en la mente del hombre, la cual es un reflejo de la divina, y, luego cómo pasó a la medievalidad cristiana. También es un buen ejemplo de resonancia temporal el universalismo, el cual va desde los estoicos hasta el humanismo renacentista. Kristeller nos recuerda que para los estoicos, todos los seres humanos constituyen una comunidad natural y rechazan el concepto de nobleza hereditaria, temas que reaparecerán en las discusiones de los humanistas del *Quattrocento*.

También Kristeller hace valiosas indicaciones sobre problemas interpretativos más específicos, como, por ejemplo, atribuirle a Filón de Larisa la responsabilidad de proyectar ilegítimamente en Arcesilao una supuesta doctrina dogmática esotérica (cf. p. 102). A este grupo de comentarios están asociados las reflexiones historiográficas que consisten en imprescindibles recomendaciones, como, por ejemplo, la manera de tratar las influencias a través del tiempo que no deben tomarse en sentido literal sino ubicarlas en un nuevo contexto (cf. pp. 19-20). A este respecto, Kristeller siempre ha insistido que las citas y los préstamos tomados de un autor anterior deben ser interpretadas en el contexto del pensamiento total del autor posterior, el cual incluye elementos diferentes y originales. A este renglón también pertenecen sus advertencias de no atribuir, por ignorancia, a Aristóteles logros que son propiamente estoicos o de otra escuela helenística (cf. p. 64), o los criterios que brinda para distinguir el uso válido de una nueva terminología (cf. p. 24).

También en los comentarios Kristeller deja entrever su humanismo. Por un lado critica al convencionalismo porque entraña un relativismo que desconoce la existencia de valores humanos por naturaleza (cf. pp. 39-40). Y a partir de esa afirmación aboga por una moral elevada, promotora de ideales, que no sea complaciente con legitimar las costumbres de la mayoría de las personas, cosa que pretenden algunas morales conformistas (cf. pp. 86-6). Como buen humanista, también alerta sobre los peligros que amenazan a nuestra cultura si descuida su tradición clásica (cf. pp. 153 ss).

Wolfgang Gil

Esta obra de Kristeller tal vez no esté llamada a convertirse en una referencia obligada sobre el Helenismo de la misma manera que sus obras sobre el Renacimiento, su valor reside en el testimonio de la importancia que posee esa fase histórica para la constitución hermenéutica de un gran pensador, y para permitirnos conocer algunos de sus rasgos más característicos.

Wolfgang Gil

Escuela de Filosofía
Universidad Central de Venezuela